

Chinos respecto de los «diablos extranjeros», se aplicaba especialmente a las poblaciones errantes que recorrían las vastas llanuras situadas al norte del Paropamisus, entre las fajas de verdura que bordean el Oxus y el Iaxartes. Por extensión, el término Turán comprendió todos los territorios del Norte asiático hasta el Océano Glacial y el mar de Bering: en realidad, los Persas, lo mismo que los Judíos y los Helenos, se habían considerado como formando la humanidad única por excelencia, un pueblo divino, considerando todo el resto como montón informe de seres indignos, casi sin derecho al nombre de hombres. En su conjunto, el *Libro de los Reyes*, de Firduzi, no es sino la historia de la guerra santa entre los héroes y los monstruos, entre los genios buenos y malos, entre el Irán, que representa el bien, y el Turán, símbolo de todo lo malo. Por lo demás, la denominación de Turanios, adoptada por toda una escuela de antropólogos para designar las poblaciones no arias del norte del Asia, prueba que la ciencia moderna sufre todavía la influencia de las pasiones y de las ideas que animaban a los antiguos habitantes de la Irania. Como ellos, y por una especie de instinto de raza o de lengua, aceptamos la herencia de orgullo y parecemos que esos Turanios, nacidos fuera de nuestro mundo de elección, son en todo nuestros inferiores. El contraste entre «Arya y Tura» y después entre Irán y Turán¹ estaba tan claramente indicado por la Naturaleza, que se ha perpetuado entre nosotros tras miles de años y miles de kilómetros del tiempo y del lugar en que tuvo origen.

El territorio del Elam, en la acepción primitiva de ese nombre, lo formaban los primeros resaltes del Zagros que dominan de lejos la Mesopotamia y la ribera marítima que redondea su curva entre el Irán y la Arabia; pero en el curso de las edades el término englobó hacia el Este toda la muralla montañosa hasta el reborde de la meseta, y hacia el Oeste la Suciana, que, en el sentido primero de la palabra, no era más que el valle bajo del Karun; poco a poco los dos términos, Elam y Suciana, se emplearon el uno por el otro. Así se explica que Suza, que, aislada, pertenecería geográficamente a la Potamia,

¹ Fr. Lenormant, obra citada.



LÁPIDA DE HOURIN-CHEIHK-KHAN

Según una fotografía de J. de Morgan
(Misión arqueológica en Persia).

La inscripción cuneiforme de la derecha del relieve es posterior a éste. Léese en ella: «Tardomnis, prefecto, hijo de Sin-ipsah (sin consuelo), ha repuesto esta imagen cuando se caía; la ha restaurado. Shamash y Adad aniquilen el nombre y la raza de quien la destruya».

¿Qué pensar de la antigüedad de esta lápida cuya restauración data de una época a lo menos contemporánea de Goudea? (J. de Morgan), de Goudea, que vivía 56 siglos antes que nosotros. Esta lápida se encuentra a corta distancia de Kalman, mapa n.º 69.

forma parte del conjunto iranio. En los primeros tiempos de la historia reconstituída, en la época en que los pueblos civilizados de Caldea eran conocidos bajo el nombre de Akkadianos y de Sumerianos, los Elamitas, de una cultura no menos

avanzada sin duda, miraban desdeñosamente a sus rivales de la llanura y sostenían su capital en una posición avanzada hacia el enemigo hereditario; otro París ante otra meseta central.



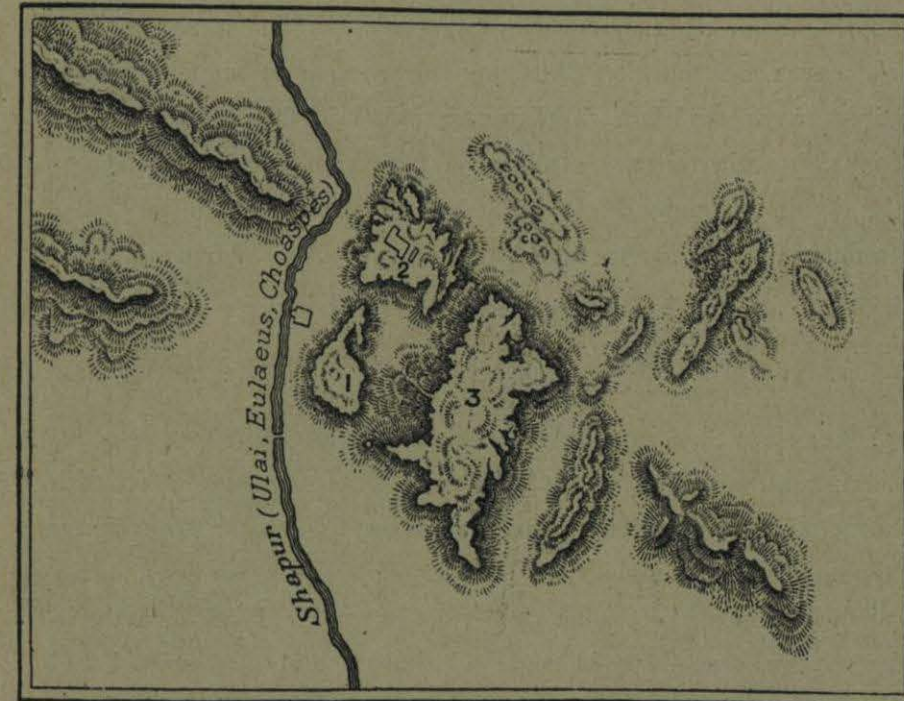
FRAGMENTO DE UN BAJO-RELIEVE ENCONTRADO EN 1857,
QUE REPRESENTA EL PLANO DE SUZA

Las vislumbres más remotas que arrojan las investigaciones recientes sobre ese país, se remontan, según Morgan¹, a un centenar de siglos. En aquel tiempo el golfo Pérsico avanzaba más al Norte en las tierras, y el elefante, el rinoceronte, el león y el antílope recorrían las llanuras pantanosas al pie de los montes: las huellas de esos animales se encuentran hoy a veinte metros bajo tierra; piedras talladas y restos de cacharros atestiguan la presencia del hombre. Los sabios investigadores han descubierto tabletas de tierra cruda cubiertas de signos que no

¹ Histoire de l'Elam.

han sido completamente descifrados aún, pero que representan indudablemente piezas de contabilidad que datan de unos 6000 años. El nombre del rey más antiguo que se ha encontrado se remonta casi a la misma época.

N.º 66. Plano de Suza.



D'après Spruner Menke.

1: 25 000

0 200 400 600 800 1000 Mètres.

1. Ciudadela.
2. Palacio de Darío (Apadana).
3. Acrópolis real.

Desde esos primeros indicios históricos hasta la destrucción de Suza por los Arios, es decir, durante un período de más de tres mil años, la reconstitución de la historia del Elam no es sino la narración del antagonismo incesante que existió entre los príncipes de Suza y los de las ciudades de Caldea. Las inscripciones dan fe de ello: la lengua oficial de la Súciana era alternativamente semítica (o babilónica) y turania (más especialmente anzanita), según que el vencedor reinaba en Babilonia o en Suza.

Las guerras no impedían, sin embargo, el establecimiento de las relaciones de comercio entre los habitantes de Caldea, Semitas o semitizados, y los Turanios apoyados en la muralla iránica.

Los Elamitas pertenecían a una era de cultura muy antigua; hasta puede decirse que era más antigua que la de los ribereños de los grandes ríos de abajo, puesto que habitaban ya su territorio cuando la llanura apenas emergía del agua, lo que sería causa de que los Babilonios denominasen aquel país *la antigua tierra* de Elam. Tenían una industria muy desarrollada; sabían labrar la tierra y sembrar el mijo y el trigo, y fué en su país, donde viniendo de la India por el golfo Pérsico, se había introducido desde los tiempos prehistóricos, el cultivo de la caña de azúcar, lo que valió a aquellas comarcas el nombre de Khuz (Suza) «País del azúcar»¹.

Sabían aparejar dos caballos de frente para el tiro de su carro de guerra; se servían de catapultas para derribar las murallas; adornaban su cerámica con formas variadas y fundían los metales, el oro, la plata y el cobre. Como astrónomos y matemáticos, participaban de la ciencia de los Caldeos, practicaban cálculos, predecían los eclipses y conocían «el áureo número», o sea el período de diecinueve años en que el Sol y la Luna coinciden en la misma situación con relación a la Tierra. Dividían el tiempo en años, meses, semanas y días, exactamente como sus vecinos potamios; por último, poseían la escritura, tesoro de los tesoros.

El período glorioso de la potencia elamita se remonta a cuarenta y dos siglos antes de nosotros. En aquella época reinaban en Suza unos reyes bajo el nombre de Nakhonte o Nakhunta, cuya dominación se extendía hacia el Oeste hasta el Mediterráneo, sin que podamos decir qué relación de causa a efecto une esta extensión a la invasión de Egipto por los Pastores que, un siglo más o menos, parece de la misma fecha, pero pertenece ciertamente al mismo ciclo de conmoción de los pueblos. Su expansión hacia el Oriente fué tal, que, más allá de la Bactriana, la China recibió el choque inicial: los habitantes de las mon-

¹ Carl Ritter, *Asien*, vol. IX, ps. 229 y sig.



CORONAMIENTO DE LAS COLUMNAS DE LA APADANA DE ARTAXERXES
(SUZA DE LOS REYES AKHEMÉNIDAS)

Museo de Louvre.

tañas de los Bakhtyarís hicieron brotar la chispa que produjo la civilización china¹.

Aquel vasto imperio elamita duró poco; encontramos hace treinta y nueve o cuarenta siglos, al célebre Hammurabi, rey de Babilonia, dominando en Suza. Después, tras dos siglos de luchas, cuyas fases están aún en la penumbra, reyes poderosos tienen su corte en la capital de la Súciana, y entre ellos, un tal Chinchinak, hijo de Chutruk Nakhonte, miembro de esta dinastía, constructor y arqueólogo, reconstruyó más de veinte templos, exhumó y restauró las antiguas estelas, transcribiendo religiosamente el texto en lengua semítica, a veces viejo de dos mil años, y añadiendo en lengua turania su nombre, el de su mujer y los de sus hijos².

Hasta entonces la meseta permanecía sin historia; los habitantes de Irán no hicieron uso de la escritura antes de la época de los Akheménidas, y los vagos indicios que se descubren actualmente demuestran que poco a poco la imantación del mundo persa cambiaba del Sud al Norte, en el mismo sentido que el centro del poder en la cuenca de los dos ríos. A la gran influencia de Caldea en el mundo oriental sucedió la de Asiria, y aun, de ese lado, el reborde de la meseta fué anexionada al imperio de los Sars conquistadores, y, por consiguiente, una ciudad ribereña del Tigrís, Nínive, se hizo la poderosa rival de Suza.

Los pueblos de entre Caspio y golfo pérsico, a partir de la constitución de la potencia asiria, parecieron poseídos de una furia de destrucción y de matanza. Las guerras se sucedieron sin interrupción, pero se complicaron singularmente por la incursión de nuevos pueblos venidos del Norte: los Kimerianos que, viniendo de las llanuras sármatas, habían invadido el Asia Menor y la Armenia por el occidente del Ponto Euxino; después los Scitas procedentes de la cuenca del mar de Aral.

El Elam fué devastado varias veces por Sargón y Sennacherib, hasta que por último, hace 2530 años según unos, 2546 según otros, Suza, la capital milenaria, fué arrasada por Assurbanipal. «Abrí sus tesoros, tomé el oro y la plata, sus riquezas... Me apoderé de Chuchinak, el dios que habita los bosques y cuya

¹ Terrien de la Couperie, *Babylonian and Oriental Record*.

² Capitan, *Histoire de l'Elam*, «Revue de l'Ecole de Anthropologie».

divina imagen no había visto aún en persona alguna... Destrocé los leones alados y los toros que velaban guardando los templos». El vencedor se embriaga con su canto de destrucción, y ningún interés podían tener para él las tabletas de arcilla cocida que componían los archivos de la administración; mas para nosotros, los restos que dejaron los bárbaros conquistadores tienen más valor que el oro de que tan ávidos se muestran¹. Después de la caída de Suza, el Elam, «el más antiguo de los Estados del Asia anterior», desapareció de la escena del mundo².

Unos treinta años después de la caída de Suza, Nínive, la capital de los orgullosos Sars, sucumbió a su vez bajo los golpes de los Medas, unos cincuenta años antes que Ciro, el rey de los reyes, subiese al trono persa.

El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del farrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos Persas, destinados a sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión de la narración, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos³, encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh enarbolando su mandil de herrero en un palo y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué el estandarte protector de Persia; pero desgracia-

¹ J. de Morgan, *Mission archéologique en Perse*, prefacio.

² G. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, p. 470.

³ Mohl, *Livre des Rois*.

damente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero «no era aquella la bandera verdadera», se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente, también lo esperamos nosotros.

Antes de haber sufrido el yugo de los grandes imperios conquistadores, las numerosas tribus de los montes y de la meseta,



CARACTERES CUNEIFORMES COPIADOS EN PERSÉPOLIS EN 1621

que gozaban todavía de su autonomía política, se encontrarían en una situación análoga a la de los Bakhtyaris de nuestros días, y, como ellos, llevarían una existencia muy sencilla y pura, alternando sus ocupaciones entre el cuidado de sus grutas y la cría de sus ganados en los altos prados.

Una antigua leyenda de la historia de los Medas, referida por Herodoto, enseña que, únicos entre todos los pueblos, los habitantes de esas altas mesetas no obedecían las leyes de la guerra y no conocían sino las de la justicia. Noble y recta sería en su origen una nación en que la educación de la infancia consistía en tres cosas: «montar a caballo, tirar el arco y decir la verdad», y en que la costumbre prohibía decir lo que no era permitido hacer¹. Se recuerda la exclamación del gran rey meda

¹ *Histoires d'Herodote*, lib. I, ps. 136, 138.

Astyages, a punto de ser vencido por el principillo persa Ciro: «¡Cómo tienen tanto valor esos comedores de pistachos!»¹.

Una particularidad del lenguaje primitivo de los Arias, tal como se nos ha revelado por el estudio de los diversos dialectos derivados de aquél, supone grandes cualidades pacíficas en las primeras poblaciones de la raza. En efecto, las palabras relativas a ocupaciones tranquilas se parecen en su mayor parte o proceden de un tronco común; asimismo, los términos que designan los animales domésticos son parientes en los lenguajes arias del Oriente y del Occidente, en tanto que las palabras referentes a cosas de la guerra, de la caza y a los animales silvestres, pertenecen casi todas a las lenguas de origen posterior; indicando así que en todos los países de inmigración, a un período de gran tranquilidad primitiva sucedieron siempre épocas de perturbación².

Según el «Libro de los Reyes», los primeros Iranios no comían aún la carne de los animales y no conocían otro alimento que las raíces, las semillas y las frutas. Firduzi refiere cómo se logró transformar Zohak, joven príncipe dulce y bueno, en un monstruo de maldad: se le hizo tomar un huevo, después muchos; se le habituó gradualmente a comer carne, asada primero, después cruda, y se acabó por convertirle en aquel abominable caníbal de quien triunfó el herrero Kaueh llevando como estandarte su mandil de cuero. Esa educación sangrienta es un símbolo: la revolución producida en las costumbres por la nueva alimentación carnívora coincidió probablemente con grandes guerras entre los habitantes de la meseta iránica y las gentes de la llanura baja.

Los documentos dejados por la historia primitiva son insuficientes para enumerar todas las partes de la inmensa herencia legada a la humanidad por el mundo iránico: descubrimientos y oficios, concepciones filosóficas, poemas, mitos y narraciones. Pero es muy probable que la parte de esos antepasados en nuestro saber actual sea muy superior al conocimiento que tenemos de ellos.

Créese que les somos deudores de los primeros procedimientos

¹ Nicolás de Damas, citado por Dieulafoy, *L'Art antique de la Perse*, p. 23.

² Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. C. Perrot, ps. 53, 54.

que permitieron la elaboración de las matemáticas. Entre los Iranios, y a juzgar por la próxima parentela de los términos que designan las unidades, las decenas y las centenas, se introdujo el

sistema de numeración que, desprendiéndose completamente del uso de las metáforas y de los sinónimos, fijó definitivamente para cada número términos de sentido concreto. lo que fué una de las revoluciones más importantes de la historia humana. Esta serie de las cifras primitivas se detenía inclusivamente en las centenas, porque los nombres de «mil» difieren en los dialectos indo-europeos¹; sin embargo, contenía en germen la teoría del sistema de numeración, sin el cual no podría concebirse el desarrollo científico del mundo moderno.

Por último, surge la duda de si los Persas habían descubierto el arte de representar la Tierra bajo la forma de una bola. ¿Qué era sino aquella copa maravillosa que consulta Ciro y sobre la



REY ACOMPAÑADO DE SUS SERVIDORES

Grupo sobre el que se halla el *feruer*.
(Véase página 428).

Según un bajo-relieve de Persépolis.

¹ Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. Perrot, ps. 65 y 67.